

diariamente sus antiguos laureles: su fama es más grande que ellos. Sin querer ofender al divino Argüelles, diremos que no nos ha parecido sino muy humano. Fuélo sin duda en los muros de Cádiz: la edad, el destierro, la persecución, los desengaños tal vez le han arrebatado su divina aureola. La autoridad de una vida sin mancha, el prestigio de una reputación pura, no han podido devolverle su olimpo: dios caído, sus acentos son harto terrestres. ¿Podía encontrar Apolo en medio de los pastores de Tesalía los mismos acentos que en la mesa de los dioses?

Y en realidad fuera injusto pedir á hombres de otra edad las ideas y las pasiones de la juventud. Tuvieron sus días, pero pasaron. He aquí cuanto de ellos hay que decir. De la ausencia del elemento joven en las cortes ¿deduciremos que no le hay en España? No, sino que no ha sido llamado. El ministro del Estatuto Real, lejos de buscarle, le ha extrañado de sí porque ha temido su presencia. El Hijo del hombre decía que no pueden zurcirse retazos flamantes en ropas viejas, y que mal se conserva vino nuevo en vasijas amohecidas. Martínez de la Rosa se ha hecho justicia á sí mismo sin saberlo: ha conocido que la Constitución de antaño era caduca y usada, y ha temido que cayese hecha polvo á la impresión primera del aire fresco de la mañana.

Demos sin embargo una rápida ojeada á las cortes y á las primeras espadas que en ellas se han distinguido.

Martínez de la Rosa es hombre de tribuna; y su error radical y permanente, el que le ha hecho tenerse por hombre de Estado, es haber tomado siempre la palabra por la acción. Este error mismo prueba hasta qué punto las pasiones del orador son en él superiores á cualquier otro interés. A sus ojos una arenga es un hecho material; y así como el verdadero hombre de Estado vela durante la ejecución sobre los detalles todos de una operación del gobierno, así lleva hasta la más extremada minuciosidad la atención que presta á sus discursos. ¡Cuántas veces se le ha visto á ese primer ministro de una monarquía en revolución encerrarse horas enteras en su gabinete! ¿Y para qué? para corregir las pruebas de sus discursos: no hubiera podido tolerar que la *Gaceta* los publicase con una coma de más ó de menos. Los negocios del Estado yacían entretanto paralizados; pero el orador estaba satisfecho, y el ministro no pedía otra cosa.

La pompa es el carácter de su elocuencia: para desarrollarse há menester del estímulo de la tribuna; en un salón, en sociedad, no tiene conversación. La desconfianza, que forma la base de su carácter, parece entonces paralizar su lengua, se evade, elude, se parapeta detrás de los monosílabos, y esta disposición particular de su carácter llena de tropiezos su trato político; la más sencilla negociación viene á ser con él una pesada labor. Es quisquilloso además, y un tanto jesuítico: á esto se agrega que carece de memoria y que es obstinado, circunstancias ambas que contribuyen poco á facilitar los negocios.

Martínez de la Rosa es sumamente laborioso; pero si trabaja mucho, también trabaja generalmente mal. De resultas de su inveterada desconfianza de los demás, ó mejor de la presunción que tiene de sí mismo, perdía un tiempo precioso en ocupaciones subalternas que hubiera debido dejar á sus dependientes. Su defecto capital es el de ahogarse en los detalles; fáltale ese golpe de vista general que procede en grande, virtud tan indispensable en el estadista como en el militar. No pudiendo remontarse nunca sobre su posición, ésta le domina siempre, en vez de ser dominada por él. En vez de conducir los acontecimientos, le conducen ellos á él; y así es que en cuanto á ministro vivía á la ventura, sin plan para el porvenir. Esto no obstante, su optimismo imperturbable venía á ser cómico á veces de puro candoroso: siempre tenía guardada una apoteosis para cada una de sus derrotas, y una explicación gloriosa de todas sus vicisitudes ministeriales. En punto á reformas no podía ser más curioso su modo de argüir. «Un abuso establecido,—decía,—tiene inconvenientes, verdad es; pero esos inconvenientes son conocidos, al paso que la reforma puede acarrear otros que no lo son, y difíciles por el contrario de prever; ahora bien, vale más lo malo conocido que lo bueno por conocer; luego vale más el abuso que la reforma.» Teorema brillante por cierto, y cuyos corolarios pueden llevarnos lejos: el ministro que de esa manera arguye, ya está juzgado; podrá ser un hombre de mundo, un orador elegante, un poeta distinguido, pero estará siempre dislocado á la cabeza de una revolución.

El que en la tribuna podía aparecer como rival de Martínez de la Rosa era Alcalá Galiano, miembro de las antiguas cortes: pasó su emigración en Inglaterra; de aquí su anglomanía declarada y su antipatía á la Francia. De-

vuelto al teatro de sus primeros triunfos, se encargó del papel de tribuno.

Es el hombre de España que habla más, y oyéndole quisiéramos que hablara más todavía; con todo, sería difícil. Es un manantial inagotable, y que no se detiene en su curso hasta el mar. Pero Alcalá Galiano no necesita como



Alcalá Galiano

Martínez de la Rosa del aparato animador de la tribuna: orador en particular como en público, siempre está pronto. La palabra es su elemento. Difícilmente pudiera ser la nobleza el carácter peculiar de una elocuencia tan continua, y en este sentido es el orador gaditano el reverso de la medalla del granadino. Su elocuencia es más familiar, á veces demasiado; nada le estorba, y de aquí que sus tiros sean por lo regular más mortíferos; una vez hecho dueño de su adversario dale mil vueltas, y no suelta la presa sino después de haberle acribillado. No le remata de un solo golpe, pero le acosa á picaduras, que pondrían á un gigante en el mismo estado que el oso de la fábula perseguido por las abejas. Nunca hemos visto á Alcalá Galiano titubear un solo instante, ni andar buscando ni eligiendo las frases; improvisador incansable, su facilidad, su flexibilidad sobrepujan su afluencia. En una palabra, es el orador más popular, pero escasamente le concederemos el don de gobernar; y el ministerio á que aspira le prepara en nuestro entender acerbos desengaños. El orador de la oposición pasada cuyo carácter de elocuencia se asemeja más á la de Martínez de la Rosa es Argüelles. Noble como él, severo y comedido; pero el escepticismo y la irresolución le han arrebatado su antiguo prestigio; hombre de restricciones, no concluye jamás, y es muy común en él que la segunda

frase destruya la primera; ningún orador tiene en Europa mayor provisión hecha de prudentes adverbios: *con todo, sin embargo, tal vez, permítasenos, si es lícito...* Doctrinario por excelencia, ha perdido el privilegio de conmover aun á los hombres de su partido. Es anglomano como Galiano, y por las mismas causas; y en cuanto á principios, como muchos en España, liberal del siglo XVIII. Se plantó en 89, y por él no pasan días.

En cuanto al conde de las Navas, cuyo nombre ha adquirido cierta celebridad, no se puede decir de él que sea un orador; ni posee el don de la palabra, ni el gesto; pero hállase dotado de singular aplomo y de un espíritu de censura infatigable. Es el tipo perfecto de la oposición sistemática; pendenciero, buscarruidos, martirizador, haría perder la paciencia á la paciencia misma, y si se sentasen ángeles en los bancos ministeriales, comprometerían su salvación discutiendo con él. A pesar de esa especie de don quijotismo de oposición, el papel que las Navas haga en cualquiera cámara es de la mayor utilidad. Necesítanse hombres de su temple, ojos de lince como los suyos, que todo lo escudriñan, lenguas indiscretas que no reconocen cortapisas; centinelas avanzadas, vigías perpetuas de la libertad, tales hombres son el mejor parapeto de los derechos públicos. Expónense á veces á algunos errores, á suposiciones exageradas, hijas del celo mismo; pero el procomún compensa tan ligeros riesgos. Cualquiera que sea la opinión que del conde de las Navas se forme fuera del Estamento, una vez allí es fuerza oírle, porque nunca fastidia, y divierte á veces; tiene salidas felicísimas, y á cada instante vierten sus labios epigramas oportunos, agudos rasgos de ingenio. Antípoda del estilo académico, y diciendo cuanto le ocurre sin pararse, su improvisación tiene todo el interés de la novedad y de cosa no esperada.

Bien quisiéramos hacer mérito de los pocos hombres nuevos que, forzando la consigna del Estatuto Real, han sabido hacerse lugar en el Estamento estacionario, cuando no retrógrado, y más desearíamos aún concederles la patente de oradores; pero en conciencia no es posible: los antiguos han conservado hasta ahora la corona. López se había anunciado en un principio con esplendor, pero no se ha sostenido: el malogrado Trueba no correspondió á las esperanzas formadas. González y Caballero pudieron pretender la palma del patriotismo, nunca empero la de la elocuencia.

Algunos se distinguieron por sus conocimientos, su solidez, su exacta y aun á veces elocuente dicción, como el marqués de Torremejía; y otros han callado ó han hablado poco, de cuyo saber, sin embargo, y de cuya especialidad en algunos ramos no se puede dudar. Tales son Flórez Estrada, reconocido ecónomo político, Montevirgen, Rivaherrera, etc. En cuanto al presidente Isturiz, es un verdadero radical; desplegó tino é imparcialidad superiores en su importante cargo; su elocuencia es enérgica, su palabra firme y decidida, y se le concede gran capacidad. Eso es lo que pronto hemos de ver. La hora de la acción ha sonado para él.

En cuanto al Estamento de próceres, esa aristocracia mixta que empieza en Medinaceli y acaba en el poeta Quintana, si se admiten dos ó tres excepciones, el ilustre cuerpo ejecutaba con el más solemne silencio y la más religiosa puntualidad cada uno de los movimientos que le plugo al ministerio indicarle. Maniquí dócil, nunca hizo sino marcar el paso. Esa cámara no tiene existencia propia, y su autoridad, su influencia son nulas: creación abortada, rueda inútil que entorpece el movimiento, si la máquina se detiene, no tiene fuerza para hacerla andar; y una vez en movimiento, le es igualmente imposible detenerla, aunque se le pasase tal idea por la fantasía.

La España, á pesar de su grandeza, de sus derechos hereditarios y de sus mayorazgos, es una tierra eminentemente democrática; el dogma de la igualdad cristiana ha pasado de la Iglesia á las costumbres, y, una vez ahí, no puede tardar en introducirse en la legislación. Si en el destino de la familia aristocrática de los próceres hubiera estado el conquistar una importancia política, sólo hubiera podido adquirirla á merced de las ilustraciones plebeyas cuya adopción le fué impuesta; pero hasta eso le había sido vedado: la medida careció de lógica y de eficacia. No están la vida y el movimiento por esa parte. Ni un orador ha salido de entre aquellos venerables sepulcros, ni una voz se ha echado á turbar el silencio de las catacumbas. Dejémoslos dormir en paz.

Antes de cerrar la primera sesión echemos una ojeada al exterior: pocos acontecimientos llaman nuestra atención; una vez convocadas las cortes, toda la vida política refluyó al centro del cuerpo social. El primer hecho extraordinario que merece mención es la prisión aventurada de Palafox. Aun no se había abierto

la sesión, y ya un movimiento radical, cuya bandera era la Constitución de 1812, protestaba contra la obra incompleta del Estatuto; pero ni estalló nunca, ni aun el público tuvo datos suficientes para creerlo existente; el general Palafox impugnó su acusación, y este acontecimiento sólo pudo servir de prueba á un descontento sordo y precursor de mayores tormentas: probó que desde el principio de la campaña parlamentaria Martínez de la Rosa se veía entre dos fuegos.

El año 1835 se abrió con una insurrección militar; este sangriento episodio costó la vida al general Canterac, que acababa de tomar el mando de Madrid, y la bolsa del despacho á Llauder, que días antes se había apoderado de ella. En esta ocasión dió muestras de una incapacidad imbécil difícil de creer. Falta la conspiración del apoyo con que contaba, mal manejada, y no suficientemente divulgado su objeto entre los que pudieran haberla sostenido, forzoso fué capitular; pero es bueno advertir que quien capituló fué el gobierno: los valientes que se habían hecho dueños de Correos atravesaron Madrid arma al brazo y tambor batiente al frente de la guarnición con quien se habían tirroteado, y fueron á unirse al ejército del Norte, única gloriosa pena impuesta á su movimiento. El pueblo, que simpatiza siempre con el débil valiente, les dió comitiva, los dejó fuera de puertas, y los proclamó los héroes de aquella jornada, que anuló á Llauder. Interpelado en el Estamento, como ministro y como general, que ni había previsto el movimiento ni le había sabido reprimir con las armas en la mano, y abandonado á su propia nulidad parlamentaria, corrió á refugiarse con toda la pompa de la ignominia á su capitania general de Cataluña, que había tenido la precaución de reservarse, porque no era hombre como Cortés capaz de *quemar sus naves*. El pueblo catalán se encargó de quemárselas de allí á poco en el movimiento de las juntas.

Sucedióle en el ministerio el general Valdés, cuya crédula honradez no bastó á sostenerlo: su administración fué pura, pero impotente. Llamado á reemplazar á Mina en el mando del ejército del Norte, fué á perderse en el propio abismo que á tantos había tragado antes que á él.

Dos meses después tuvo lugar en Málaga un movimiento más serio; pero aislado ese movimiento, y sin bandera, la victoria fué inútil, y la autoridad militar recobró el puesto. Estos

no eran más que los primeros síntomas, las avanzadas de la gran insurrección nacional, regularizada poco después por las juntas.

Una conspiración carlista marcó la clausura de las cortes; pero la intentona no podía tener más que un resultado en Andalucía, teatro que escogió para darse á luz. Sorprendida cerca de Sevilla, su cabecilla fué fusilado con algunos de sus parciales, y el partido recibió la lección con el silencio del vencido.

Cerráronse en fin las cortes, que murieron de consunción y fatiga: desnudas ya de interés, es lícito creer que Martínez de la Rosa no las prolongó tanto tiempo sino para prolongar su propia existencia. Los debates parlamentarios fueron el aceite de la lámpara de este nuevo *hechizado por fuerza*. Conocía que descender de la tribuna era para él bajar del ministerio, y en realidad el efecto no se hizo esperar de la causa. Las cortes se cerraron en fines de mayo, y el 9 de junio Martínez de la Rosa había cedido el puesto á Toreno.

El ministerio Martínez se reasume todo entero en el Estatuto Real; diez y seis meses ha vivido sobre ese fondo. Una vez concedido el Estatuto, su autor creyó haber concluido su misión: ese fué su error fundamental; apenas en camino, ya quiso poner la galga, harto pronto por cierto; empresa temeraria: su mano era demasiado débil para resistir la fuerza del impulso; la cuesta era pendiente, y el carruaje le arrastró y lo echó á rodar. Martínez de la Rosa hubiera sido tal vez en tiempos pacíficos un buen ministro de bellas artes; pero no era el piloto que podía maniobrar en la tormenta.

La España está acribillada de abusos civiles, judiciales, burocráticos, de todas especies, en fin. O no supo verlos, ó no quiso aplicarles el escardillo. Ni se trataba de teorías sociales, ni de principios abstractos, sino sólo de reformas administrativas; pero una vez erigida en sistema la inmovilidad, no tocó á nada por temor de tener que tocar á todo. El reinado de Martínez de la Rosa no hizo sino poner la monarquía á la orilla del precipicio.

El hombre encargado de detenerla en su ruina se presentó tarde, y la primera falta del conde de Toreno fué no haber arrebatado antes las riendas de manos de su rival. Pudo, y debió hacerlo. Pero su error fecha de mucho antes: devuelto en un principio á la vida pública, dos papeles podía representar; podía ser jefe de la oposición, y prefirió ser ministro; sacó la corta paja, y tomó una posición falsa; entrar en un

ministerio ya formado, y cuya dirección suprema no le era desde luego confiada, era comprometer doblemente su responsabilidad, pues que aceptaba por una parte el pasado, en que no había tenido parte, y se asociaba por otra á un porvenir que no podía dirigir á su albedrío.

No se le ocultó enteramente esto al conde de Toreno, pues que repetidas veces afectó encerrarse en los límites de su especialidad; pero esa táctica era imposible; las cuestiones generales eran demasiado inminentes, y le forzaban á acudir á la brecha, al socorro de su rival, de quien había tenido la torpeza de hacerse colega.

A pesar de lo dificultoso de posición tan equívoca, conservó por largo tiempo su prestigio, y, más que colega de Martínez, fué reputado su sucesor; tuvo un momento, único acaso en la vida de un hombre de Estado: aunque ministro, había conservado un pie en la oposición: reunió á un mismo tiempo las esperanzas de la corte, del Estamento y de la imprenta; el país todo no tenía más que una voz para encomiar su destreza y su capacidad: entonces debió realizar su 18 brumario: la ocasión era brillante, pero la desaprovechó; favorito mimado de la fortuna, se manifestó desdeñoso de sus favores, y ella le castigó quitándole su privanza.

Cuando en el mes de junio tomó las riendas del Estado, la España no vió ya en él más que un cambio de nombre, no un cambio de sistema: no la engañó su instinto. Campeón del Estatuto Real, el conde de Toreno se había hecho por demasiado tiempo cómplice de la política estacionaria de su antecesor para no inspirar legítimas desconfianzas: el prestigio estaba ya destruído. Debiera haber roto todo vínculo con el anterior gabinete, y haber dado su programa; su silencio pareció sospechoso, y ya desde entonces el conde de Toreno no fué más que el continuador de Martínez de la Rosa. Obligado á componer un ministerio, quiso ayuntar nombres heterogéneos, desde el marqués de las Amarillas, el hombre más aristocrático y más impopular de España, hasta Mendizábal: semejantes enlaces fueron estériles.

La fortuna, con todo, antes de volver enteramente las espaldas á su favorito, le dió la última prueba de ternura: apenas entronizado el nuevo ministerio, murió Zumalacárregui (25 de junio). Fuera injusticia negar á este suceso una importancia que sólo la torpeza del gobierno de Madrid pudo arrebatarse. Zumalacárregui, regalo que hizo á la causa del pretendiente

la poca perspicacia de Zarco del Valle, era el hombre de la facción; y habiendo sabido aprovechar el momento de su muerte, la lucha estaba concluída.

A este acontecimiento, de que ningún partido se supo sacar, había precedido la petición de intervención, que á semejanza de Martínez repitió Toreno: paso impopular para unos, única áncora de salvación según otros. El conde de Toreno no podía desconocer que era su único apoyo, y la denegación, para él inesperada, del gobierno francés, le irritó tanto más cuanto que sin intervención su ministerio era imposible. Desamparado de su único arrimo, se desanimó, y sólo trató de prepararse una caída honrosa; pero esta es la ocasión de decir lo que pensamos. Aun en el caso de haber elegido el conde de Toreno el papel de tribuno, aun habiendo tomado antes la dirección del Estado, aun habiendo roto con el ministerio Martínez, aun sostenido por una intervención, su reinado hubiera sido corto. El conde de Toreno no es hombre de revolución: sóbrale escepticismo, y fáltale ambición, no la ambición que quema el templo de Éfeso, sino la noble ambición tan necesaria en el hombre de Estado, virtud eminente en las altas posiciones sociales. La ambición de Julio César, que rompe en los campos de Farsalia el patriciado romano; de Richelieu, que se lleva consigo al sepulcro la aristocracia francesa, y que muriendo deja al trono y al pueblo en lucha abierta; de Napoleón, en fin, que entroniza al pueblo, que inocular la democracia á la Europa entera. Ambición que forma un plan vasto, que tiene un objeto grandioso, y que corona su obra con la energía y la perseverancia: ambición, foco inmenso de la vida, de que ni una sola chispa anima al conde de Toreno. Privado de toda convicción fuerte, única fuente de las virtudes cívicas, ni se adhiere á principios fijos, ni tiene creencia alguna política. Las necesidades del hombre de mundo son más imperiosas en él que los intereses políticos; y poco le importa el mando con tal que de sus ruinas pueda salvar las comodidades de la vida y el refinamiento sibarítico que preside á sus inclinaciones. Si bien superior á Martínez de la Rosa en capacidad, no es por eso mejor ministro de revolución. Su indiferencia le hizo poco mirado en la elección de los funcionarios públicos, y como rentista, como administrador, como gobernante, su reinado fué igualmente incompleto. El conde de Toreno fué únicamente uno de los primeros oradores de la cá-

mara: su elocuencia no se parece ni á la de Martínez de la Rosa, ni á la de Galiano; más dialéctico que elocuente en la acepción rigurosa de la palabra, discute más que persuade; convence, si no arrastra; no sorprende, pero prueba; es elegante y conciso, ingenioso y afuente. Se posee, y nunca dice sino lo que quiere decir: una vez provocado, vuélvese acre y mordaz; exasperado, su lengua es un puñal. Nadie conoce mejor que él hasta dónde puede contar con la paciencia de un auditorio prevenido en contra suya, y en la última sesión ha sabido casar sus instintos sarcásticos con una afectada humildad y apocamiento capaces de desarmar á su mayor enemigo.

Inútiles le fueron empero todas esas calidades: no podían evitar su ruina, por más que hubiesen acertado á retardarla. Ya llegamos al desenlace. La primera señal se dió en Zaragoza el 6 de julio: dirigióse el movimiento popular contra los conventos; á esta primera explosión sucedió un pequeño intervalo, pero el fuego se propagaba subterráneo, y no tardó en comunicarse á Cataluña: Reus, Tarragona, Barcelona, se apresuraron á seguir el ejemplo: tales escenas de incendio y carnicería podrán ser terribles, pero su explicación es justa y sencilla. Es fuerza no olvidar que los conventos no podían menos de ser mirados en España como otros tantos focos naturales de la guerra civil y los frailes como sus tesoreros. La guerra civil es la llaga más dolorosa de la Península, y la que está al alcance de todo el mundo; de aquí el desencadenamiento general del país contra los conventos y sus habitantes; herirlos es herir á la facción y á don Carlos, y por ahí se empieza, porque ahí está el peligro, y la sociedad acude siempre á lo más urgente. Las consecuencias podrán ser sangrientas, pero confesemos al menos que siempre es consolador pensar que si se examinan las cosas á fondo, esas escenas mortíferas no son, como se quiere suponer, efectos de feroces caprichos y de un instinto ciego y desordenado, sino la consecuencia llevada al extremo solamente del derecho de defensa que tiene toda sociedad al verse acometida, y la exageración indispensable en tales momentos del sentimiento de conservación de cada individuo que la compone.

Al llegar aquí empieza el importante papel que en esta revolución estaban llamadas á representar las juntas, cuya instalación se refiere al mismo derecho de defensa, al propio sentimiento de conservación. «No sabéis proteger-

nos, dijeron tácitamente al gobierno; os retiramos nuestros poderes, y vamos á protegernos á nosotros mismos. Los facciosos inundan nuestras campiñas, llaman á las puertas de nuestras ciudades: vamos á proveer nosotros mismos á nuestra seguridad.» Agregábase á tan justas

exigencias la interminable lista de las vejaciones sufridas, vejaciones que acusaban altamente á la administración de Martínez, y sobre todo al que debiendo haber conocido más recientemente su gravedad, había parecido burlar la pública espectación, haciéndose continuador



del derruido gabinete y adoptando la responsabilidad de sus errores. ¿Qué derecho tenía á quejarse si la nación pedía en él una víctima expiatoria? Las juntas todas reclamaron su destitución.

Este episodio de 1835 es único en los fastos modernos, y ha venido á poner en evidencia dos hechos: primero, que no habiéndose separado en aquella crisis las provincias de la capital, el federalismo político no es ya de temer en un país donde entre tantos peligros ha sabido salvarse la unidad nacional; segundo, que

ese gran movimiento no produjo ningún hombre nuevo, y que no ha salido del seno de esas borrascas anónimas un solo hombre capaz de bautizarlas. ¿Se deberá desesperar por eso de la revolución española? Todo lo contrario: eso mismo prueba que no es patrimonio de nadie, es decir, que es patrimonio de todo el mundo. Es imposible matarla en un hombre. Está en el estado de instinto: ésta es la primera faz de toda reforma social: antes es tener el sentimiento de los abusos, y luego combatirlos; la lucha empieza después, pero sorda, incierta, sin

plan, sin sistema; existen millares de soldados oscuros antes de que se alce un general y los domine á todos.

La revolución española está en su primer grado; está en la atmósfera, digámoslo así, la respiramos, la sentimos; pero es vaga todavía y no reviste forma alguna determinada; solicita por el contrario una que le convenga, es un alma que busca un cuerpo á quien animar. No le ha encontrado todavía, pero le encontrará. Los hombres del Estatuto Real, los de la oposición, así como los del poder, no son de ella hasta ahora sino una personificación imperfecta; aspira á individualizarse de una manera más decisiva y poderosa. Difícil es prever todas las vicisitudes que la esperan, las trasformaciones que está destinada á sufrir; pero puede asegurarse que ya es invencible. Su contemporización, su lentitud son señales de fuerza y de vitalidad. ¿Por qué, pues, alarmarnos? Démonos por el contrario el parabién. Las leyendas mitológicas hablan de una madre cuyo alumbramiento duró veinte días y otras tantas noches; pero de tan largo parto nació un dios que tenía delante de sí más siglos de vida que horas había costado su nacimiento, porque tenía la eternidad.

Todo el mes de agosto tardaron las juntas en constituirse. El conde de Toreno trató de hacer frente á la borrasca, más acaso por el buen parecer que con la esperanza de conjurarla. Una pequeña y efímera victoria en Madrid prolongó algunos días su existencia ficticia; pero la rendición de la milicia urbana de la capital, á que se siguió una reacción contra los carlistas motivada por las locas esperanzas de éstos, en nada alteró la situación general de las cosas; las provincias se mantuvieron firmes: desde la Coruña á Cartagena, de Cádiz á Barcelona no faltaba un solo eslabón á la cadena popular. Las autoridades que no quisieron asociarse al movimiento magnánimo, fueron depuestas ó víctimas de su terquedad, y la monarquía desmembrada quedó reducida al suelo que la corte pisaba.

El conde de Toreno quiso responder á ese vasto concierto de hostilidades y de amenazas con un manifiesto, verdadero papel mojado, que declaraba rebeldes á las juntas y les intimaba su disolución; manifiesto ridículo que en unas partes hizo reír y en otras llevó á su colmo la indignación. Las juntas insistieron con firmeza, y la Península estaba entregada á este fuego graneado de manifiestos y contramanifiestos á

la llegada de Mendizábal á Madrid. En sus manos abdicó Toreno el 14 de setiembre la presidencia del consejo, después de un imperio que no había durado siquiera cien días.

Mendizábal tendió á reunir los ánimos divididos, primera atención urgente en tan deshecho temporal. Todos sabemos cómo lo consiguió. Establecióse un pacto tácito entre el gobierno y el pueblo, merced al cual el primero siguió rigiendo y el segundo depuso las armas. «¿Queréis acabar la facción y constituíros? Yo acabaré la facción en seis meses y os constituiré.»

Esto fué dicho en setiembre, y ya hemos pasado el 14 de marzo. En el primer punto no está el mal en no haber cumplido lo prometido, sino en haber prometido lo que no podía cumplirse. En el segundo, ¿comprendió el ministerio Mendizábal su posición, su misión? ¿Comprendió toda la responsabilidad que la dictadura que se le confiaba echaba sobre él? Cuestión es ésta que muy pronto hemos de ver completamente solventada, porque pronto el ministerio Mendizábal pertenecerá sólo á la historia como el ministerio Toreno y el ministerio Martínez.

Un descontento sordo y general vuelve á anunciar tormentas: la piedra de la revolución, girando sin cesar, gasta con una inconcebible rapidez los nombres que más resistencia parecían ofrecerle. Y tiene razón la revolución española en ser exigente. Observemos que á pesar de los obstáculos, á pesar de la impericia de los jefes y de sus faltas, desde que ha empezado á andar no ha dado un solo paso atrás; háse desarrollado con método: hemos visto á los ministerios engendrarse sucesivamente y salir uno de otro con orden maravilloso y lógica inflexible. Ni un eslabón se ha roto en la cadena. Así Cea, antiguo colega de Calomarde, se continúa por medio de Burgos en el ministerio Martínez, y Mendizábal sale de él en línea recta por medio del conde de Toreno, de quien fué colega antes de ser heredero.

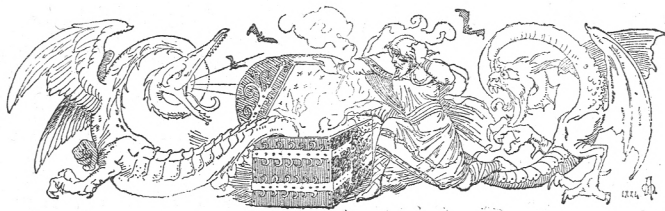
La ciencia política tiene también su ley de generación continua, y esta ley se llama *progreso*. Un principio es un germen que una vez sembrado ha de producirse y desarrollarse al soplo de la Providencia. He aquí la historia.

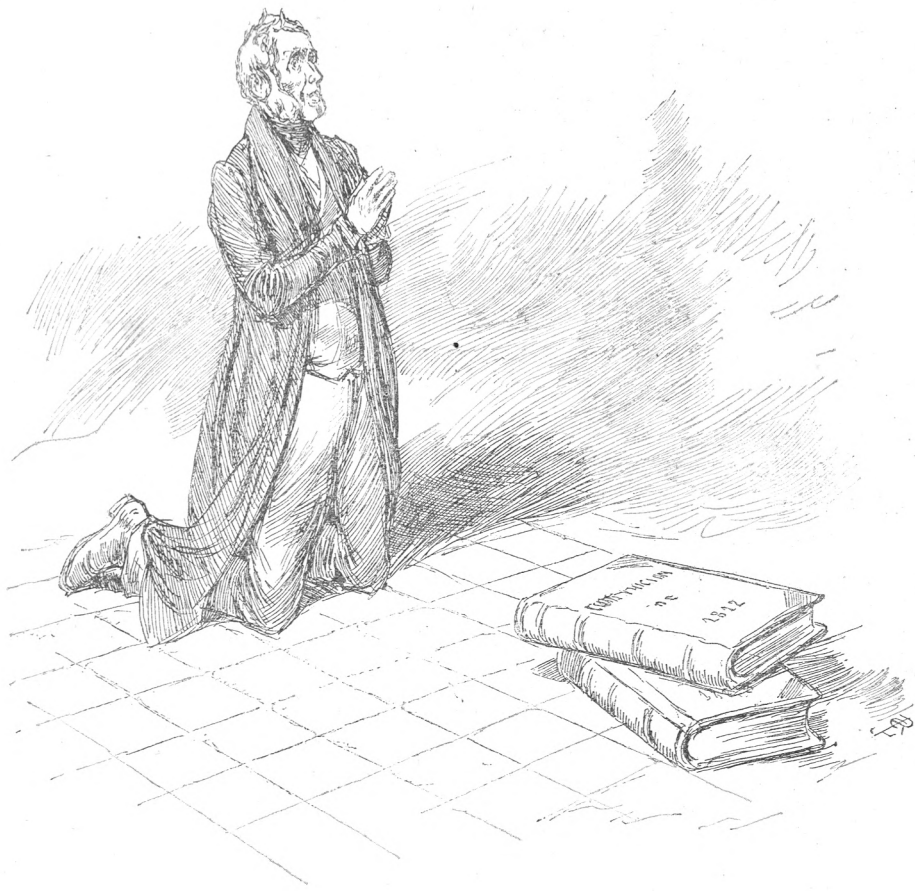
Se puede trazar el árbol genealógico de las revoluciones como el de las dinastías; la familia democrática no es una familia de incluseros: tiene su pasado también, sus tradiciones y su

abolorio. En Europa no queda más que un verdadero noble: ella. Despojada de su patrimonio le reclama; contéstansele sus títulos, y los discute, los justifica; opone á los sofismas de la usurpación la elocuencia del derecho; úsase de violencia, usa ella de razón; ellos tienen espada, ella tiene la inteligencia.

Esperemos, pues, y perseveremos: cualquie-

ra que sea el nuevo giro que la revolución va á tomar, marchemos siempre al fin, y si no podemos ir por el mejor camino, vayamos por cualquiera; pero vayamos. La lucha no puede ser eterna: el triunfo de la verdad no está lejos; el plomo vil va á convertirse en oro puro, y la nueva Jerusalén del poeta va á salir brillante de esplendor del fondo de los desiertos.





NI POR ESAS

VERDADERA CONTESTACIÓN DE ANDRÉS Á FIGARO

PUBLICADA POR ÉSTE

Yo rogaré á santa Rita, abogada de imposibles; por la prosperidad de nuestra patria.

Andrés Niporesas. — Muerte del Pobrecito Hablador.

París, 10 de mayo de 1836.

Desde que en marzo de 1833 concluí mi corta vida de escritor público dando cuenta á mis buenos compatriotas de la muerte del Pobrecito Hablador, nunca volví, ¡oh mi muy mordaz é independiente Figaro! á tomar una pluma en la mano, y aun hice entonces firme y decidida resolución de reducirme á mi rincón, á reirme y desconfiar de todos á mis solas, tomando las cosas como viniesen, ya que no estaba en mi mano hacerlas venir como yo las hubiera querido tomar. Tú, mejor que nadie, sabes quién era el Pobrecito Hablador, y tú, más que nadie, te acordarás de que el pobre diablo murió de hablar, bien distinto en eso de tantos y tantos como de entonces acá, y aun ahora mismo, sólo de hablar y hablando por los codos han vivido, viven y vivirán.

Muerto, pues, ya mi amigo del último borbotón de palabras que lo ahogó, y expresado

lisa y llanamente mi último anhelo, que, para que nadie dude de mis buenos deseos, es el mismo, mismísimo que me sigue animando en el día, y que por epígrafe acabas de leer en el principio de esta mi primera contestación á las tuyas, echéme á discurrir qué haría, cómo me valdría yo para medrar en adelante y ser por propios y extraños considerado y querido; entonces fué cuando por primera vez caí en la cuenta de que me faltaba para ser hombre de pro una circunstancia principal, sin la cual así era pretender en España figurar como tratar de enderezar nuestra máquina, y era que yo ni el año 13, ni el 14, ni el 20, ni el 23, ni el 30, ni en año alguno de memoria de hombres había nunca emigrado; ¿qué es emigrar? ni por acaso había hecho viaje pequeño ni grande que á emigración pudiese remotamente parecerse. «¿Qué especie de hombre eras entonces, me

preguntarás, y de dónde diablos habías salido?» Ahí verás tú, y por ahí podrás juzgar; pero para que sepas dónde llegaba mi torpeza, sólo te diré, bajo la más estrecha condición de callarlo por honor mío, porque la cosa es harto fea para sabida, sólo te diré que aun en el día de hoy soy, Fígaro, un muchacho, sin pelo de barba, sin destino anterior ninguno, en una palabra, lo digo con las lágrimas en los ojos, lo digo con vergüenza, sin precedentes, ó, como decimos nosotros los españoles, sin antecedentes, sin vida política alguna, y por tanto imposibilitado para siempre jamás de tener consiguientes, ni de inspirar confianza, sin tener, en una palabra, á qué agarrarme en lo pasado para disculpar mi porvenir si alguna vez lo hubiese para mí, sin poder en fin tapar la boca á nadie diciendo á todo el mundo: *Ego ille qui quondam*, yo aquel que en otro tiempo.

¡Ah! amigo Fígaro, tú, á quien la suerte miró con ojos benévolos desde el columpio de la tierna cuna; tú, que viajando y para viajar naciste; tú, que tanto viajaste, que fuera imposible averiguar tu domicilio; tú, que por tanto, donde quiera eres emigrado, con respecto al último punto que dejas; tú de quien no se puede decir: ¿dónde pára ahora Fígaro? sino ¿dónde emigra ahora Fígaro? tú no podrás jamás formar idea del dolor que embargó mis sentidos cuando caí en la cuenta de la miseria y nulidad de mi triste situación. Mesábame el sitio donde me han de salir sin duda las barbas algún día, y mesábamelo una y otra vez por vía de interinidad y en tanto que aquéllas me nacían: ¿qué no hubiera yo dado entonces por un antecedente político, tamaño como una cesantía? «¿Qué figura,—exclamaba,—voy á hacer en mi patria, sin conocer más usos que los suyos, sin saber más lengua que la castellana? ¿Qué será de mí, español, en España? ¿Quién me entenderá, y á quién entenderé yo? ¿Quién me elegirá para nada? Y si por equivocación me eligen, ¿á quién, Dios mío, citaré? ¿No se reirán de mí cuando cite nuestros usos, que no se usan, y para nuestros males, remedios españoles? ¿Qué color político tendrán mis discursos, si es que llego á discurrir, sin que éntre en ellos para nada la Francia ni la Inglaterra, los Estados Unidos y la Bélgica? ¿Yo mezquino de mí, que ni he comido el pan de la desgracia, sino el escogido de flor, ni lo regué nunca con lágrimas, sino con la trivial manteca de las montañas de Pas, ó con el tinto de Valdepeñas, ó cuando más con algún trago de jerezano mosto?

Al llegar aquí no pude resistir, y fué mi primera fantasía ir á dar una vuelta al extranjero, sin salir de España, proporción que tenemos felizmente, lo cual pensé llevar al cabo llegando á pasar una cuaresma á Gibraltar, cuaresma que me sirviese para remisión de mi enorme culpa, y para pascua de resurrección volverme ya otro hombre, y un tanto cuanto emigrado: detuviéronme, empero, en lo más fuerte de mis propósitos varias reflexiones que vine á hacer: primera, para no pasar de Gibraltar tanto valía casi emigrar á casa del ministro inglés en Madrid; segunda, que en Gibraltar no hay cámaras, ni comunes, ni más pares que los años de la moneda; no hay un pedazo de camino de hierro, tamaño siquiera como una discusión sobre ley electoral, cosa corta en verdad! ni más canales que los que naturalmente forma la lluvia cuando llueve, que no es siempre; cosas todas de que me figuraba yo deber traer tan llena la cabeza que ninguna otra idea en ella me cupiese en lo sucesivo. ¿Qué iba yo pues á estudiar en Gibraltar? ¿Iba á estudiar á los judíos? Esto hubiera sido en verdad mucho adivinar, y te juro que nunca en aquella época creí que pudiese ese estudio serme de maldita la utilidad. Por ende te convencerás que los cálculos y la previsión humana siempre flaquean por alguna parte, y cuán cierto es el adagio vulgar que asegura que *el hombre pone y Dios dispone*.

Trájome también mi desconfianza á la memoria que para un hombre tan comprometido como yo pensaba llegar á serlo, no era Gibraltar el punto más digno de inspirarme confianza; no se me podía olvidar que en punto á opiniones Gibraltar debía oler un si es ó no es á Calomardino en la opinión de las gentes que recordasen el lance de Torrijos y compañeros mártires, y no le había faltado á mi entender á Gibraltar para ser el Regato de los pueblos más que la circunstancia de haber sido voluntario realista.

Mudé, pues, de propósito y quise alargar mi peregrinación, no ya á Inglaterra, que se me representó siempre como país demasiado aristocrático para las opiniones que empezaban á germinar en mi fantasía. Supongo que no olvidas un solo instante la época en que todo esto me iba sucediendo; y recordarás por tanto que el año 34 empezábamos ya á ser todos liberales. Ir á los Estados Unidos fué idea que me ocurrió más de una vez; pero también era fuerte cosa irse á un pueblo donde no hay ni ha habi-

do nunca reyes. ¿Cómo diablos se componen, y viven, y prosperan? Deben ser unos brutos por lo menos.

Eso solo prueba que debe de ser gente de suyo demagógica, anarquista y desmoralizada; por lo menos es gente rara, y, aun pensando como piensan ya en el día los hombres que están á la altura del siglo, es fuerza confesar dos cosas: la una que es gente atrasada; esas ideas de república son ideas viejas é ideas del año 89, y ahora en el día me parece que ya es tiempo de que sepamos algo más; y la otra que yo tengo para mí, como ustedes en España tienen para sí, que los que quieren república no quieren más que desorden y volvernos al tiempo del despotismo, que es á lo que tiran solapadamente las repúblicas: así es que en España es cosa sabida que los que afectan deseos de república no son más que agentes de don Carlos; de donde se infiere claramente que en los Estados Unidos son irrecusablemente carlistas, y si lo dudases todavía, al tiempo por testigo; algún día se descubrirá la trama y verás la que se arma.

Y buscando ejemplos en la antigüedad yo te probaría si estuviese más despacio que las repúblicas fueron siempre carlistas y perecederas. Las de Grecia, por ejemplo, no duraron más que lo que duró la Grecia; y la de los romanos mismos, ¿qué duró sino setecientos años? ¿Qué son setecientos años para nosotros? Y eso que ni en Roma ni en Atenas no se publicó jamás ni *Zurriago* ni *Eco de Comercio*, ni papel ninguno carlista, que eso hubiera sido otro cantar. Los que en contra de los gobiernos democráticos alzan la voz en el día dan por prueba de su mala condición el no ser duraderos. Está probado que no es bueno más que lo que dura: dos consecuencias te sacaré de aquí: 1.^a que como nada dura, no hay cosa buena en el mundo; 2.^a que habiendo durado más la inquisición que los gobiernos populares, es mejor la inquisición; cosas en que me parece que están ustedes por ahí todos de acuerdo: en efecto, la mayor entre las desdichas públicas es habérselas con repúblicas.

Pero me he apartado de mi propósito, dando lugar, lo que es peor, á que me tengas por republicano; á eso te responderé que ya sé dónde me aprieta el zapato, y las cosas en su tiempo. Tengamos la fiesta en paz: yo soy Andrés Niporesas, y nada más. Y volviendo á la historia de mi emigración, no quise ir á los Estados Unidos.

A fuerza de cavilar en ello parecióme que lo mejor sería irme á Francia, porque es lo que tenemos siempre más á mano, y porque tratando de aprender las teorías adelantadas del día y la práctica de los gobiernos representativos, ¿adónde mejor?

Lo primero que hice, pues, una vez convencido de que era preciso primero emigrar para saber, y luego estudiar las prácticas extranjeras para conocer las necesidades nacionales, fué tratar de convencerme á toda costa de cómo debía estar constituido un pueblo para ser feliz, y qué gobierno era el único verdadero. Así, deseché toda idea de absolutismo como de república por igualmente nocivas; acordándome por un lado del pasado, meditando por otro en el porvenir; mi trabajo me costó quedarme en perfecto equilibrio en medio de la cuerda. «¿Cuál es el problema en el día? dije yo aquí. En vez de un rey que reine sobre un pueblo, como se ha usado hasta ahora, ó de un pueblo que reine sobre sí, como se ha de usar con el tiempo, necesitase un pueblo que reine sobre un rey: un pueblo donde cada ciudadano sea un pedazo de rey, y donde el rey sea un pedazo de ciudadano: tate,—dije yo,—Francia para eso; donde treinta y cuatro millones menos uno, unidos en la manera posible con ese tal uno hagan de mancomún las leyes para todos; es decir, donde uno vale la mitad que todos los demás: ¡gran justo medio! porque en los gobiernos absolutos uno vale por todos y en los democráticos uno vale por uno; error grave por ambas partes.

¡Qué mejor país que aquel en que el rey, hijo del republicano fulano *Igualdad*, ha sido elegido por el voto popular después de una revolución arrolladora del trono; de aquél en que el rey á su advenimiento al solio se iba por las calles con paraguas debajo del brazo, dando *esos cinco* á todo el mundo, y exclamando á voz en grito: *Si queréis en mí una monarquía ha de ser una monarquía republicana, un trono popular rodeado de instituciones republicanas*; palabras memorables consignadas en el programa de la municipalidad y anunciadas por el órgano de la libertad, por Lafayette, en agosto del año 30!

Definitivamente resuelto quedó desde entonces que mi emigración fuese á Francia; pero en lo que nunca consentí fué en irme á Francia por el camino natural de Francia; recordé el *por allí habéis de salir* de García del Castañar, que parece escrito para nosotros,